



Jornadas de Estudios Clásicos y Medievales “Diálogos Culturales”

Antígona: un destino y una pasión

Marcela Bricca

Universidad Nacional de Córdoba/ Colegio Nacional Monserrat
mebricca@gmail.com

Resumen

La joven Antígona ha recorrido muchos caminos dentro de la historia literaria desde Sófocles hasta nuestros días. Su imagen ha sido recuperada por muchos autores; algunos de ellos la convirtieron en ejemplo de piedad. Otros expresaron, a través de su voz, las impiedades de su tiempo.

Hoy me propongo comparar el significado que tuvo su muerte en la obra de Sófocles, dentro del contexto sociocultural de Grecia del siglo V a. de C; con una de las lecturas que el siglo XX pudo hacer de ella a la luz de la creación de María Zambrano, *La tumba de Antígona*.

Mi objetivo es mostrar que en ambas obras las protagonistas aceptan piadosamente la muerte; pero los propósitos que las inspiran son diferentes, ya que estos se encuentran estrechamente ligados a los paradigmas epocales que representan y en los que sus acciones se fundamentan.

Mientras que en la obra de Sófocles, Antígona muere en cumplimiento de su destino trágico; no sólo para dejar un ejemplo de obediencia y fidelidad a los dioses inmortales; sino también, para ingresar en el recinto de la alegoría de un pasado mítico que en ese momento estaba siendo eclipsado por la luz de la razón. María Zambrano la retiene en su sepulcro y prolonga su pasión, no le permite suicidarse, sino que la conduce hacia una anagnórica inmolación, y mediante la construcción alegórica de la pasión de Cristo, hace de su imagen un símbolo de fraternidad, purificando en ella el fratricidio familiar y el otro fratricidio; ese del que ha sido testigo España durante la dictadura de Franco.

Palabras clave: Antígona -muerte –inmolación

La joven Antígona ha recorrido muchos caminos dentro de la historia literaria desde Sófocles hasta nuestros días. Su imagen ha sido recuperada por muchos autores; algunos de ellos la convirtieron en ejemplo de piedad. Otros expresaron, a

través de su voz, las impiedades de su tiempo.

Hoy me propongo comparar el significado que tuvo su muerte en la obra de Sófocles, dentro del contexto sociocultural de Grecia del siglo V a. de C; con una de las lecturas que el siglo XX pudo hacer de ella a la luz de la creación de María Zambrano, *La tumba de Antígona*.

Mi objetivo es mostrar que en ambas obras las protagonistas aceptan piadosamente la muerte; pero los propósitos que las inspiran son diferentes, ya que estos se encuentran estrechamente ligados a los paradigmas epocales que representan y en los que sus acciones se fundamentan.

El destino de Antígona

En la obra de Sófocles: *Antígona*, el título nombra a su protagonista para anunciar, ya desde el inicio, su agonía trágica; porque ella posee la dignidad que Aristóteles señalara para que un personaje pudiera ser de esa naturaleza. Antígona es una joven común como otras de su tiempo, sin embargo el destino ha sentenciado su vida con el peso de la maldición de su linaje y ella lo hará cumplir con resignación estoica. Cuando marcha hacia su tálamo final el Corifeo le reconoce esta dignidad diciéndole “Sin embargo, aun muriendo, es gran cosa a tu favor saber que has logrado suertes propias a las de los dioses durante tu vida y también después de morir” (Sófocles, 1994, p.102) De este modo, ella se eleva para despegarse del común de las mortales y transita su agónico camino con una firme decisión.

Antígona, se dispone a honrar la muerte de su hermano Polinices, con sagrada sepultura para cumplir con las leyes de los dioses inmortales, aun en contra del último edicto de Creonte. Pero éste no es un mero acto de insensatez tal como lo considera Ismena, ni de locura según lo juzga el corifeo, tampoco es insolencia consecuente con la obstinación, conforme a la calificación del propio rey. Es un acto de piedad; producto de esas obligaciones que el hombre del mundo griego tenía con los dioses, no desde el vínculo que establecía el sentimiento por ellos, ni desde el simple ritual escrupuloso y predeterminado; sino que se asentaba en la convicción de la necesidad de sostener y participar en un sistema de representaciones que armonizaban los lazos entre los hombres y la divinidad. Ese sistema se vinculaba estrechamente con las leyes ágrafas de los dioses. Con estas palabras lo expresa la protagonista en la obra:

Como que no fue Zeus quien me las ordenó; ni Diké, la compañera de los dioses subterráneos, instauró unas leyes tales entre los hombres; ni siquiera creía que tus edictos tuvieran tanta fuerza como para que un simple mortal

pase por sobre las ágrafa, pero inconvencibles leyes de los dioses. Pues no tienen vida por hoy ni por ayer, sino por siempre, y nadie sabe de dónde han surgido. (Sófocles, 1994, p. 88)

En este principio, reside para Antígona, la dignidad y, por eso, no se deja convencer por su hermana cuando aquella intenta disuadirla de su objetivo y con enojo le responde: “¡Vamos, déjame ya a mí y a mi locura sufrir ese tremendo mal! Pues, ser convencida, ¡jamás!, como no sea de morir con dignidad (Sófocles, 1994, p. 76). El personaje de Ismena, débil, cobarde y servil a la autoridad de Creonte acentúa el carácter de Antígona y lo hace ver temerario; al mismo tiempo que marca la distancia que las separa. La protagonista llega a despreciar a su hermana por su actitud, a tal punto que, cuando Creonte hace llamar a Ismena para interrogarla sobre su posible complicidad en el delito cometido; entonces, ésta intenta solidarizarse con su hermana y acepta la responsabilidad para acompañarla a su destino final. Antígona no lo permite e interviene diciendo: “Pero Diké no te lo permitirá, ya que no lo quisiste y yo no hice causa común contigo” (Sófocles, 1994, p. 91). Ella no puede aceptarla como compañía, pero no para salvarla del trágico final, sino, porque Ismena no es merecedora del mismo; desde el momento en el que rechazó el ofrecimiento de participar en las honras fúnebres de su hermano y así se lo manifiesta: “¡Hades y los de abajo son testigos de a quienes pertenece la acción, y yo no amo a un ser querido que quiere sólo de palabras.” (Sófocles, 1994, p.91)”

La condena es para Antígona una recompensa, un acto de misericordia que los dioses tienen con ella en reconocimiento a su fidelidad, al que ella consuma con el suicidio. Ella siente el peso de las culpas familiares esas que comenzaron con la equivocación de Edipo y que la han convertido en testigo del sufrimiento de sus seres queridos: el destierro de su padre y su posterior pérdida, el suicidio de Yocasta y el doble fratricidio que la privó de sus dos hermanos. A pesar de que ningún oráculo vaticina su desdicha, Antígona siente el rigor del destino más que ninguno de sus seres queridos; el coro así lo expresa “¡Felices aquellos a quienes les es dada una vida que no ha desgustado las desgracias! Pues a quienes la casa es estremecida por los dioses, ninguna fatalidad queda que no advenga a la totalidad de la estirpe...(Sófocles, 1994, p. 93) Con cada uno de aquellos, ella ha ido muriendo de a poco y, por eso, la condena de Creonte es para la joven un fin para su padecimiento y un descanso para su alma. Con estas palabras que dirige a su hermana lo manifiesta: “Tú estás viva, en cambio, mi alma hace tiempo está muerta, pues fue su cometido ser de provecho a los difuntos” (Sófocles, 1994, p. 92)

Antígona siente la voz de su destino que le habla desde la profundidad de su ser, hasta convertirse en su más auténtica vocación. Ella está llamada a ser un chivo expiatorio y con su muerte se purificarán todas las culpas familiares; por eso, no puede negarse a ese llamado; pero para que el propósito se cumpla sin enmienda, ofrece la pureza de su virgindad. Ella que es hija del incesto, se entrega inmaculada para que el sacrificio sea completo y digno de los dioses inmortales. De este modo lo anuncia: “¡Ay, mi tumba y cámara nupcial, morada subterránea que me guardará por siempre! ¡ Hacia allá me dirijo a reunirme con los de mi estirpe, los muertos de mi familia que ha acogido Perséfone!” (Sófocles, 1994, p.102)

Sin embargo hay otra dimensión en su propósito aún más trascendente, porque tiene carácter universal y se relaciona con la denuncia social que hace la protagonista cuando es llevada a su última morada. Ella exhorta a los ciudadanos tebanos, incluso a los príncipes, con estas palabras:

¡Oh ciudad paterna de la tierra de tebas y dioses progenitores! Soy arrastrada, y ya no hay demora. ¡Mirad, príncipes de Tebas a la única que queda del linaje real, cómo sufro y por causa de que hombres, por haber respetado la piedad piadosamente! (Sófocles, 1994, p.104)

Lo que Antígona quiere transmitirles, no es una simple proclama de la injusticia de la cual es víctima, para conseguir adeptos que la defiendan de la inclemencia de Creonte, ella los está llamando a una reflexión ética para que su muerte no sea en vano y para que recapaciten sobre los hechos que están sucediendo en la patria, porque su sacrificio no es sólo la purgación de una culpa individual o familiar, sino que debe llevarlos a interpretar la realidad y a reconocer en ella; que el hombre, en su afán de conocimiento y a la luz de la razón busca exhaustivamente el progreso y la organización política de la ciudad, Y con esa ambición está olvidando esas leyes tan inmortales como los dioses que habían formado desde siempre su tradición y su cultura, la que se ha forjado en relación dialectica con los otros hombres y con el mundo divino. Antígona les plantea la pregunta por el ser que los filósofos estaban buscando en ese momento histórico, pero no espera una respuesta desde la “Phisis”, sino desde la esencia misma del mundo griego, de la cual ella parece anunciar que se están alejando, en ese gran paso que daba la civilización occidental transitando desde el mito al logos, desde la piedad a la ética; porque el hombre del llamado siglo de Pericles, estaba más preocupado en regular las relaciones entre los hombres de la polis que en perpetuar su vínculo con lo que hasta ese momento había considerado lo divino.

Pero el propósito de todo héroe trágico se consuma con el reconocimiento, y en este punto Creonte completa el proyecto de Antígona y complementa su acción. Él no ha escuchado las voces de aquellos como Hemón y el corifeo, quienes han querido advertirle sobre su irreverencia a los dioses y la actitud soberbia que ha adoptado para juzgar a su sobrina. Sin embargo el cumplimiento de la última profecía lo lleva a la anagnórisis final luego de la muerte de su hijo y de su esposa. De este modo lo expresa: “Perdido está, pues cuanto en mis manos había, y sobre mi cabeza se ha abalanzado un destino insoportable” (Sófocles, 1994, p.118) Con esta sentencia final este personaje confirma que Antígona ha dado su vida por justos ideales y reconoce su propio error.

Esta unidad complementaria de protagonista–antagonista la han observado también algunos críticos como: Díaz Del Corral en su obra: *La función del mito clásico en la literatura contemporánea*, donde expresa: “La grandiosidad de la tragedia de Sófocles estriba en que sus dos grandes personajes patentizan con diafanidad insuperable la esencia de las leyes que representan” (1974.p. 211) Esto quiere decir que si Creonte no se hubiera obstinado en defender sus leyes Antígona jamás hubiera podido cumplir con su precepto familiar, o al menos no con la dignidad que lo logra. Por otra parte Steiner en su obra: *Antígonas. Una poética y una filosofía de la historia*, interpretando el análisis de Hegel señala: “Si Creonte no encarnara un principio ético, su derrota no poseería una cualidad trágica ni un sentido constructivo.(...) Esa derrota, en exacto equilibrio con la de Antígona entraña progreso.” (1991, p. 40) Esta cita ilustra, justamente, recordando algunos principios de la filosofía de Hegel,¹ lo expuesto anteriormente con respecto al propósito colectivo de la protagonista, porque la caída de ambos personajes se presenta como la oposición entre dos moralidades que se han enfrentado sin someterse la una a la otra hasta precipitarse juntas para dar como resultado una “síntesis,² que propicia la reflexión de todo el pueblo. Y por eso el corifeo cierra la obra diciendo:

El ser sensato de la felicidad es, con mucho, el requisito primero, y es necesario no ser impío en modo alguno en el trato con los dioses. En efecto, las palabras arrogantes de quienes se jactan en exceso, tras

¹ Recordemos que para este filósofo ética y política están estrechamente ligadas, concepto que toma de Aristóteles y por eso su análisis de esta obra se orienta en ese sentido. El hombre, según él debe ajustarse a las normas, tradiciones y obligaciones que son las manifestaciones del espíritu de su pueblo con quien debe identificarse de manera sustancial desde la historicidad y esencial, desde la propia racionalidad

² Término empleado por Hegel para designar la última de las etapas de lo que llamó proceso dialéctico de la historia

escarmentarlos con grandes golpes, les enseñan con la vejez a ser honestos.
(Sófocles, 1994, p. 118)

La pasión de Antígona

María Zambrano recrea la versión de Sófocles en un drama lírico que comienza en el momento en que Antígona es encerrada en su última morada para cumplir su condena y no le permite suicidarse. La dignidad del personaje, en una nueva circunstancia de enunciación y a la luz del paradigma cristiano, que es el lugar desde donde la autora escribe su versión, exige que la protagonista realice otra inmolación; y por eso su propósito es diferente al de la heroína griega.

El título de la obra ya nos remite a ese lugar en el que la protagonista va a permanecer en un tiempo suspendido, ni viva ni muerta. Con su propia voz ella expresa: “Pero ahora conozco mi condena: Antígona, enterrada viva, no morirás, seguirás así, ni en la vida ni en la muerte.” (Zambrano, 1986, p. 224) Y más adelante, haciendo referencia a la tumba la denomina: “Una cuna eres; un nido. Mi casa y sé que te abrirás.” (Zambrano, 1986, p. 225)

Una de las interpretaciones, que nos propone el *Diccionario de símbolos*, para este término es la siguiente:

C.G. Jung relaciona la tumba con el arquetipo femenino, como todo lo que envuelve o enlaza. Es el lugar de la seguridad, del nacimiento, del crecimiento y de la dulzura; la tumba es el lugar de la metamorfosis del cuerpo en espíritu o del renacimiento que se prepara; pero es también el abismo donde el ser se sume en tinieblas pasajeras e ineluctables. (Chevalier, 1986, p.1032)

Antígona desde ese lugar se presenta como una analogía femenina de Cristo y se dispone a celebrar de modo similar su propia pasión. Pero en ese tránsito ella debe despertar en su propia conciencia y para ello debe realizar un viaje a las entrañas de su propio ser. Juan Villegas en su obra: *La estructura mítica del héroe en la novela del siglo XX*, observa que: “El protagonista por medio de la experiencia de la muerte - personal o ajena, real o simbólica - descubre la trivialidad de su existencia y a través de ella surge en busca de una nueva vida.” (1978, p. 123) Pero la vida que Antígona busca, pertenece al plano divino y exige una preparación especial de su espíritu. En este punto, esta heroína recreada se aleja de la griega para decirle al mundo que no está dispuesta a morir por decisión propia, que asume el propósito encomendado y se dispone a cumplirlo en la

soledad de su tálamo, con estas palabras lo expresa: “Estoy aquí sola con toda la vida. Pero no te llamaré, muerte, no te llamaré. Seguiré sola con toda la vida, como si hubiera de nacer, como si estuviera naciendo en esta tumba” (Zambrano, 1986, p. 226)

La preparación lleva a la protagonista a una búsqueda retrospectiva de su identidad; entonces, con los recuerdos regresan a ella sus seres queridos para colaborar con esa reconstrucción, pero también para buscar la absolución de Antígona que les permitirá descansar definitivamente en paz. Ella se presenta como su redentora; por eso el sentido de toda su existencia está íntimamente vinculada a la vida de todos ellos. Edipo le pide al final de su visita que lo ayude a “nacer”, en el sentido de resurrección cristiana. Él acude a su hija para expiar a través de ella sus culpas, le reconoce a ella esa capacidad que deviene de un poder superior. Él la va a nombrar: “Mi única verdad” (Zambrano, 1986, p. 232). Y luego “Tú eres mi promesa.” (Zambrano, 1986, p. 233) Y al final de su visita él revela definitivamente el propósito que tiene Antígona allí donde se encuentra, diciéndole:

¡Oh Antígona, tengo yo que decirte donde estás, cuando es tan claro, todo esto es tan claro. Estás en el lugar donde se nace del todo. Todos venimos a ti; por eso, ayúdame, hija Antígona, no me dejes en el olvido errando, ayúdame, hija a nacer. (Zambrano, 1986, p. 234)

El personaje de la nodriza, introducido en esta versión, contribuye a completar ese rol distintivo de la protagonista. Haciendo alusiones a la infancia de la joven, señala algunas características particulares de ella en un plano simbólico, con estas palabras: “Sí niña, así estabas siempre pegada al agua y luego con el cantarillo, siempre a vueltas con el agua como si fueras del agua...” *El diccionario de símbolos* señala que: “Las significaciones simbólicas del agua pueden reducirse a tres temas dominantes: fuente de vida, medio de purificación y centro de regeneración.” (Chevalier, 1986, p.

52) Y más adelante: “el Sopro o Espíritu de Dios se incubaba según el Génesis en la superficie de las aguas” (Chevalier, 1986, p.53). También en el diálogo que sostiene con Ismene, durante el sueño ella se nombra a sí misma como la lavandera diciendo: “Tú no tenías que venir conmigo a lavar a nuestro hermano sin honra, porque ya está claro, la lavandera soy yo.” (Zambrano, 1986, p. 228) La conexión de Antígona con el agua se vincula directamente con su objetivo de redimir a los seres que acuden a ella, en estrecha semejanza con la misión de Jesús en la tierra.

Esta proximidad a las imágenes bíblicas se complementa con otras alusiones, como la de la harpía que representa la presencia de lo diabólico que viene a tentar a Antígona como el diablo lo hiciera con Cristo y al igual que aquel, Ella la rechaza con firmeza, expresando: “Vete, razonadora. Eres Ella la diosa de las Razones disfrazada. La araña del cerebro. Tejedora de razones, vete con ellas. Vete, que la verdad, la verdad de verdad viva tú no la sabrás nunca.” (Zambrano, 1986, p. 344)³ Esta tentación se repite con la presencia de Creonte quien quiere llevarla con él a la tierra para limpiar su conciencia e imagen, pero Antígona por segunda vez se niega y, finalmente, el desconocido primero que encarna el mal, la esencia del poder que también intenta hacerla desistir del cumplimiento de su propósito, y llevarla de vuelta a la tierra, pero intercede por ella el desconocido segundo, que es la esencia del amor se completa de esta modo la analogía mencionada de las tres tentaciones de Cristo en el desierto.⁴

Hay otro símbolo que remite directamente a la imagen divina encarnada en la protagonista y es la reiterada invocación que Antígona hace a la luz. Según el diccionario, en la simbólica cristiana “Jesús es la luz del mundo (Jn 8,12; 9,5); los creyentes también deben serlo (Mt 5,14), convirtiéndose en reflejos de la luz de Cristo (2Cor 4,6) y obrando en consecuencia (Mt 5,16)” (Chevalier,1986, p. 666) Cabe señalar que Antígona habla de una luz especial que busca en su interior para que ilumine su conciencia. Esa luz se opone a la del sol que es un símbolo de la autoridad y del poder, por eso puede generar sombras, con su obrar erróneo, o encandilar cuando se llena de soberbia y comete excesos. Durante la presencia de Creonte, el mismo menciona casi invocando a este astro. “El sol no se ha puesto todavía, está ahí como ayer cuando bajaste. Sólo te ha faltado el sol un día, sólo has dejado un día de verlo.” (Zambrano, 1986, p. 256) Pero la protagonista busca la luz que deviene de Dios, y para obtenerla tiene que descender, llegar a los confines tenebrosos de su alma, para reconstruir la memoria de su pasado familiar y por ese camino llegar, entonces, hasta su propia plenitud en la vejez y el conocimiento. De este modo, todo su ser será luz unida a la esencia divina, cuando el pasado se le haga patente y reconozca en él, el sentido de la propia existencia. Con estas palabras ella describe el proceso:

Tendría que ir todavía más abajo y hundirme hasta el centro mismo de las tinieblas, que muchas han de ser, para encenderme dentro de ellas. Pues que sólo me fío de esa luz que se enciende dentro de lo más oscuro y hace de

³ Aquí hay también una alusión a la razón griega, presentada como tentación, a la que denunció la heroína de Sófocles, acusándola de haber hecho caer al mundo mitológico.

⁴ Jesús es tentado en el desierto Mt.4, 1-11

ello un corazón. Allí donde nunca llegó la luz del Sol que nos ilumina. Sí; una luz sin ocaso en el centro de la eterna noche. (Zambrano, 1986, p. 258)

Finalmente, la descripción de la nueva ciudad que realiza Polinices, como la tierra llena de luminosidad, sin sol y sin tinieblas; tierra de amor y de fraternidad, donde el poder no será necesario, porque todos serán hermanos y las relaciones interpersonales se alinearán en ese sentido; evoca la Nueva Jerusalén descrita en el Apocalipsis "La ciudad no necesita luz del sol ni de la luna, porque la gloria de Dios la ilumina y su lámpara es el Cordero"(Ap. 21,23) Y en esta cita aparece una nueva identificación de la protagonista con Cristo cuando dice: "Y yo me quedaré aquí como una lámpara que se enciende en la oscuridad" (Zambrano, 1986, p. 258)

Antígona, entonces, ha vencido las tentaciones, ha aceptado su destino y realiza su pasión, con palabras de María Zambrano, "En la ausencia y en el silencio de los dioses. Se diría que bajo la sombra del Dios Desconocido" (1986. P. 206) Movida por la piedad y el amor, redime a sus familiares en un proceso que ella describe, diciendo: "Tendré que ir de sombra en sombra, recorriéndolas todas hasta llegar a ti, Luz entera. "(Zambrano, 1986, p. 241) Ella despierta a la luz de la conciencia redentora y se entrega como el Cordero para que todos se salven; los perdona y los libera a través de su propio sacrificio; y deja, así, un mensaje de fraternidad que trasciende a su linaje para liberar a todos aquellos hermanos oprimidos por un poder extraño al divino, Al mismo tiempo que recuerda la promesa de la tierra nueva que nos hizo Jesús para que los hombres no olviden el compromiso que tienen con la humanidad, y por consiguiente con todos los valores que ella implica; y que sin duda excluyen el fratricidio y la impiedad.

CONCLUSIÓN

María Zambrano en su obra *Las palabras del regreso* señala: "La historia del hombre, está llena de ritos, de mitos, de leyendas y de fábulas que sin duda deben de responder a una necesidad íntima permanente del corazón y aun de la mente" (2009, P. 119) Y verdaderamente las recreaciones de muchas de ellas así lo demuestran, es por eso que heroínas como Antígona siguen transmitiendo sus mensajes conforme a las demandas de las diferentes épocas.

La versión de Sófocles marcó un perfil en su protagonista determinante para la historia literaria, porque es un personaje tan rico que puede ser analizado desde distintas ópticas y, en consecuencia, los mensajes que puede transmitir serán también múltiples. No obstante, creo que el haber elegido el propósito de la muerte como eje vertebrador de este análisis, me ha permitido encontrar el vínculo entre dos paradigmas, que muchas veces se presentan como antagónicos: el correspondiente al mundo griego y el que elabora el mundo cristiano. Porque Antígona es portadora de un mensaje humanista que subyace en ambos.

La esencia de este personaje es universal y, por eso, puede denunciar desde su tumba, tanto a la impiedad griega, entendida como la desobediencia a las tradiciones y a las leyes de los dioses inmortales, como a la impiedad cristiana, que se hace presente en la historia cuando el hombre olvida los preceptos de fraternidad.

No obstante la universalidad se observa en la plasticidad del personaje que ha permitido expresar en todos los tiempos las demandas sociales más notables de cada momento histórico, que se han producido cada vez que el hombre ha olvidado su identidad de ser humano y ha atentado contra sí mismo; cegado por la soberbia del conocimiento o por la sed de poder, de este modo, Antígona es griega y reclama el olvido de los dioses, y el desarraigo que comenzaba a operarse en el hombre griego, cuando este, a la luz de la razón se aparta de su origen mítico que le había dado su identidad. Pero es también española, y en la voz de María Zambrano solicita justicia social desde el exilio de todos aquellos que habían sido obligados a abandonar la tierra.

Por todo esto, la figura de Antígona, siempre ha estado y estará vigente, en el reclamo colectivo o individual de quienes creen que los valores humanistas son los únicos que garantizan el respeto y la dignidad de la persona y promueven la equidad y la justicia social.

BIBLIOGRAFÍA

Chevallier, Jean, Diccionario de los símbolos, Barcelona, Herder, 1986.

Sófocles, Antígona, Argentina, Biblos, 1994.

Zambrano, María, Las palabras del regreso, Madrid, Cátedra, 2009.

----- . "La tumba de Antígona" en Senderos, Barcelona, Anthropos, 1989.